

# “Más allá de las fronteras”

Mons. Luis Augusto Castro Quiroga



## Un relato de sueños misioneros

“En el año de 1597 nueve misioneros europeos y diecisiete cristianos asiáticos murieron crucificados en una colina próxima a Nagasaki, en Japón. En los treinta años siguientes fueron martirizados otros 205. Eran sacerdotes y laicos que en su mayoría fueron quemados vivos o decapitados, también en Nagasaki. Durante más de dos siglos no se volvió a hablar de cristianismo en aquella región.

Alfonso de Liborio (1696-1787) relató esos sucesos en una historia de estilo sencillo que tuvo gran difusión. Un siglo después se seguía leyendo, sobre todo en los institutos religiosos. Y en 1846 cayó en manos de un seminarista de Verona, Daniel Comboni, de quince años de edad. Este, como es natural, se entusiasmó con los evangelizadores, los primeros cristianos del Japón y aquellas remotas catacumbas.

Un chico que quiere ser apóstol sueña siempre con empresas difíciles y lejanas. Y además, en ese momento el Extremo Oriente estaba volviendo a ser de actualidad.”<sup>1</sup> Desde ese momento, Daniel vio esas tierras lejanas como plataforma de su acción misionera. Él también se vio diversamente.

Traigo esta narración, que es buena por un aspecto y mala por otro, como una ayuda para entender unos conceptos básicos.

## Cuatro momentos especiales

Daniel, frente a la experiencia de esta lectura, se definió a sí mismo, podemos decir se autodefinió nuevamente. Para llegar a esta definición de sí, tuvo que pasar por cuatro etapas: Experiencia (EP), horizonte (O), comprensión (C) y autoforma (A) (EPOCA es la palabra cuyos sonidos nos recuerdan estas cuatro etapas).

**Primero**, vivió una experiencia preciosa y nueva a raíz de la lectura de esa tragedia. Recuerden ustedes cuando la lectura de algún libro, de un artículo o de una conferencia los impresionó, les llegó al alma. Como le llegaron al alma los escritos de Santa Teresa a Edith Stein o las vidas de los santos a Ignacio de Loyola.

**Segundo**, el horizonte de su vida se amplió. Horizonte es el límite de lo conocido y de lo amado. Obviamente, en el campo de sus afectos, ingresó el compromiso misionero con el

<sup>1</sup> Agasso, Domenico, **Daniel Comboni**, Ed. Sin Fronteras, Bogotá, (sin fecha) p. 11



Japón. Era para él como una plataforma nueva de acción. Recuerden la primera vez que tomaron contacto con el grupo misionero. Vieron que les ofrecía muchas posibilidades nuevas de servicio, de conocimiento, de relaciones. El horizonte de ustedes se amplió.

**Tercero**, Hubo en ese momento una nueva comprensión de sí. Sócrates decía: Conócete a ti mismo. Daniel entendió mejor lo que era, lo que debía ser y, sobre todo, lo que anhelaba llegar a ser.

Un profesor pedía a sus alumnos que hiciesen un dibujo de ellos mismos tal y como les gustaría ser dentro de quince años. Ellos dibujaban lo que anhelaban llegar a ser. Era una forma de favorecer esa nueva comprensión de sí.

**Cuarto**, Daniel empezó una autoforma, es decir, la realización de un proyecto de vida para pasar, mediante un proceso de formación, del yo como era, al yo como anhelaba ser; del yo dado en este momento al yo como vocación. Todos los actos humanos tienden hacia un yo nuevo. Píndaro decía: “Llega a ser lo que eres”

Esta historia de Daniel es buena para entender estos cuatro pasos que llevan a definirse a sí mismo: experiencia nueva, amplitud del horizonte, nueva comprensión de sí y autoforma. Pero no es tan buena para nuestro tema “grupos misioneros y misión universal”.

### **La Iglesia primitiva y los cuatro momentos**

El motivo es que la historia de Daniel es individual, mientras que la historia que quiero presentarles es comunitaria. Entonces, ¿por qué usé la historia de Daniel?

Porque en esta otra historia que se refiere a los primeros cristianos, se dan los mismos cuatro pasos o momentos anotados y recordados con los sonidos de la palabra EPOCA: Experiencia pascual, horizonte ampliado, comprensión nueva de sí y autoformación. Pero en este caso los cuatro pasos se viven no individual sino comunitariamente.

**Primero**, los discípulos viven la experiencia de la muerte y resurrección, es decir, la experiencia pascual, una novedad absoluta para ellos que habían quedado sumidos en el más profundo pesimismo, en la huida o en la resignación. Habrán sentido por un momento que Jesús no fue otra cosa que el mayor error de su vida. No es que hubiesen perdido la fe porque Jesús les enseñó a confiar en el Padre, pero la crisis fue violenta. No menos dramática, aunque más que positiva, fue la experiencia pascual.



**Segundo**, los discípulos de Jesús se descubren frente a un horizonte nuevo, insospechado, inesperado. Jesús resucitado les abre un nuevo horizonte, el horizonte de un mundo nuevo, de una nueva humanidad no reducida a judíos y griegos sino a todos. Pablo hablará del hombre nuevo.

**Tercero**, autocomprensión. Los discípulos frente al evento pascual no pueden no preguntarse: ¿Quiénes somos nosotros, ahora? Los discípulos se descubren como una **comunidad** de servidores en comunión con su Señor resucitado. Los discípulos se entienden como el nuevo templo, un templo espiritual hecho de piedras vivas, como anotaba Pedro.(1 Pe 2,5). Esa comunidad de ellos era la primicia, la primera fruta de la cosecha, la primera comunidad pascual unida a Cristo resucitado en la fe, la esperanza y el amor. Y se trataba de una comunidad proyectada más allá de las fronteras legales del judaísmo.

**Cuarto**, autoforma. Los discípulos tienen que dar una nueva forma a sus vidas en sintonía con lo que han descubierto de ellos mismos, guiados del Espíritu Santo. Jesús les había dicho que el Espíritu Santo les ayudaría a comprender todo.

Esta autoforma toma su tiempo y adquiere una diversidad inicial.

Ustedes saben que los cristianos en Jerusalén se dividían en dos por razón de la lengua: Unos hablaban arameo y nada más porque siempre estuvieron en Jerusalén. Otros, que habían vivido mucho tiempo fuera, en la diáspora, en el mundo griego, regresaron pero hablaban griego. A estos dos grupos podemos llamarlos arameo parlantes y griego parlantes.

### **La doble interpretación de la experiencia pascual**

La experiencia pascual, igual para ambos, sin embargo, fue interpretada de forma diversa.

Los cristianos de lengua aramea vivieron la pascua de Cristo especialmente mirando hacia su pasado. Cristo fue la culminación de toda una historia de salvación pasada. Dios nos habló por nuestros padres, ahora nos habla por su Hijo resucitado.

Los cristianos de lengua griega, vivieron la pascua de Cristo mirando especialmente hacia el futuro nuevo que inauguraba una humanidad nueva. Ya no hay necesidad ni del templo de piedra porque el nuevo templo es la comunidad cristiana. Y no hay necesidad de la ley



judía porque esta nueva humanidad incluye pero trasciende al pueblo judío. Todos los seres humanos están llamados a la pascua de Cristo crucificado y resucitado.

Esto significa que a partir de la pascua, los judíos helenistas primero y luego todos los demás, gracias a la acción del Espíritu Santo, se dan cuenta de que, dentro de la estructura misma de la nueva comunidad cristiana, hay una fuerza que los lanza hacia una misión universal.

Así que a partir de, y gracias a la experiencia de la pascua, se descubren a la vez comunidad de fe y comunidad misionera, lanzada hacia fuera.

La consecuencia es inmediata. La acción carismática del Espíritu Santo se hace presente. Esteban se pronuncia en términos poco favorables sobre el templo y la Torah y es eliminado. (Hch 7,56). Felipe se lanza a anunciar a Jesús entre los odiados samaritanos (Hch 8,26-40).

Es conveniente añadir que la acción del Espíritu que empujaba a los primeros cristianos hacia los paganos no se restringía al grupo de los helenistas, los cristianos de habla griega. Pedro era guiado por el Espíritu a la casa de Cornelio y allí vio como el Espíritu actuaba en esa familia pagana.

Todo esto acontece entre los años 30 y 40, los más decisivos en la vida del cristianismo.

Esta visión misionera tiene dos momentos maravillosos:

Primer momento, cuando los discípulos de habla griega dejan a Jerusalén por sentirse inseguros y llegan a Antioquía donde algunos empiezan a anunciar a Jesús entre los griegos. (Hch 11,20) Hablan de la vida, pasión, muerte y resurrección del Señor. Empieza la maravillosa aventura del primer anuncio de Jesús.

Segundo momento, cuando la comunidad, con la luz del Espíritu Santo, decide enviar, de su mismo grupo, a algunos para una misión universal:

“En la iglesia que estaba en Antioquía había profetas y maestros. Eran Bernabé, Simón (al que también llamaban el Negro), Lucio de Cirene, Menahem (que se había criado junto con Herodes, el que gobernó en Galilea) y Saulo.<sup>2</sup> Un día, mientras estaban celebrando el culto al Señor y ayunando, el Espíritu Santo dijo: “Sepárenme a Bernabé y a Saulo para el



trabajo al cual los he llamado.”<sup>3</sup>Entonces, después de orar y ayunar, les impusieron las manos y los despidieron. (Hch 13,1-5)

### **Una misma visión por caminos diversos**

Hay que decir que gracias a Pedro primero, luego gracias a Bernabé y en fin gracias a Pablo, las dos comunidades se unieron en una misma comprensión de ellas mismas, esto es, comunidades de fe y comunidades misioneras sin fronteras.

Les recuerdo dos momentos: Primero, cuando, a raíz de la explicación minuciosa que dio Pedro sobre cuanto le aconteció en la casa de Cornelio quien recibió al Espíritu Santo, se aceptó serenamente que también los gentiles eran llamados a ser cristianos.

“Cuando los hermanos de Jerusalén oyeron estas cosas, se callaron y alabaron a Dios, diciendo:

—¡De manera que también a los que no son judíos les ha dado Dios la oportunidad de volverse a él y alcanzar la vida eterna!” (Hch 1,18)

Segundo, cuando Pablo visitó a Pedro para no correr en vano. La expresión de Pablo es bellísima:

Santiago, Cefas y Juan, que eran tenidos por columnas de la iglesia, reconocieron que Dios me había concedido este privilegio, y para confirmar que nos aceptaban como compañeros, nos dieron la mano a mí y a Bernabé, y estuvieron de acuerdo en que nosotros fuéramos a trabajar entre los no judíos, mientras que ellos trabajarían entre los judíos.” (Gal 2,9-10)

### **El grupo misionero y la misión universal.**

De manera que ustedes, grupos misioneros, no son una ONG inventada la semana pasada, son sencillamente la comunidad pascual que vive hoy, con la misma fuerza y motivación misionera universal que movió a los primeros cristianos.

Una vez comprendida esa comunidad primitiva, pascual y misionera, nos toca entender a la luz de ella, la nuestra hoy, llamada grupo misionero o comunidad misionera.



### **El racimo de Uves.**

Quiero ofrecerles un racimo de uves. No he cometido un error. No me refiero al racimo de uvas y menos a esas uvas que la zorra quiso alcanzar saltando. Al no lograrlo, se consoló diciendo que estaban verdes.

No me refiero a las uvas sino a la uves, es decir a la letra Uve. Es un racimo formado por **trece** palabras que empiezan por Uve. Todas ellas forman un racimo misionero de Uves.

Espero que a diferencia de la zorra, cada grupo misionero aquí presente pueda alcanzar el racimo que le ayuda a descubrirse y vivir como una maravillosa comunidad pascual y misionera.

### **1. VIGÍA**

Déjenme empezar con una pequeña escena ocurrida en el consultorio de un famoso psiquiatra. Una persona fue a verlo, le habló de sus problemas largamente y luego el psiquiatra le dijo. Póngase frente a ese espejo.

-¿Qué ve?

-Me veo a mí mismo.

Luego lo llevó frente a la ventana, corrió la cortina y le preguntó:

-¿Qué ve?

-Veo la gente que se mueve.

-Lo que usted debe hacer es dejar de mirarse tanto en el espejo y mirar hacia fuera, hacia lo lejos, a la gente, a la sociedad, a todo lo que acontece.

No es que mirarse en el espejo sea malo. A veces hasta es conveniente y revelador de la verdad. Una señora visitaba un museo de arte y a cierto punto exclamó: “¡Qué cuadro tan horroroso! ¿Quién pudo hacer una cosa así?” Quienes estaban a su lado le dijeron: Señora, no es un cuadro, es un espejo.

Pero volvamos a la invitación a mirar a la gente, mirar a lo lejos, mirar lo que acontece.

Hay mirar y mirar. No todas las miradas son iguales. Cuando Aparecida quiso adoptar el método Ver, Juzgar y Actuar, empezó por aclarar qué significaba ver y dijo: Se trata de una mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad. No es lo mismo mirar la realidad como un empresario, como un deportista, como un periodista o como un misionero. La mirada del discípulo misionero tiene algo de especial. Es la mirada de un enviado a una misión evangelizadora.



El que mira con ojos misioneros, como uno que ha sido enviado, está buscando las oportunidades para el Evangelio, específicamente para ofrecer el primer anuncio de Jesús. Al que mira con ojos misioneros lo podemos llamar un vigía de la misión. Todos estamos llamados a ser vigías de la misión.

Lo que es un vigía lo podemos entender si vamos a aquel 1492, durante el mes de Octubre:

“Muy al alba, el grumete dejó su camarote. Inmediatamente se dispuso a subir por ese palo enorme llamado atalaya que lo ubicaba en el punto más alto de la nave. Ese era el mandato que había recibido. Lo alimentaba una mística de los ojos abiertos.

Su tarea era ardua: mirar con ojo sagaz hacia lo lejos para avistar algún indicio de tierra en el horizonte. Si lograba esta hazaña, le daba una mano a su capitán en líos, al borde de enfrentar una rebelión, y posiblemente la muerte, por haber fracasado en su viaje.

En efecto, Cristóbal Colón había determinado que la tierra era redonda y que, por tanto, siguiendo el camino opuesto al habitual, se podía llegar a la India, tierra de cominos y canelas, de pimientas y clavos y de otras especias que para entonces eran muy apetecidas para la condimentación.

Colón no estaba pensando ni en conquistas ni en colonizaciones sino, como cualquier cocinera que se respete, en darle sabor a la vida y a los alimentos. Pero la vida se le estaba volviendo amarga porque la añorada India, tan esquiva, no aparecía por ningún lado y sus tres carabelas ya le hacían muy mala cara. Hasta que sucedió algo salvador: el grumete Rodrigo de Triana a grandes voces dice: “Tierra, Tierra”.<sup>2</sup>

¿Qué tipo de tierra era? Mirémosla a la luz de este congreso. Ante todo, era tierra amada por Dios, tierra aún no evangelizada, tierra que todavía debía recibir el primer anuncio de Jesús, tierra lista para acoger a todo misionero fervoroso y valiente que quisiese con amor compartir la vida y la fe con un pueblo nuevo, lejos de cualquier asomo de codicia.

---

<sup>2</sup> Juan de Castellanos, Elegías de varones ilustres de Indias, Elegía primera, Canto cuarto. Edición de Gerardo Rivas Moreno, Bogotá, 1997, p.32



Jesús quiere buenos vigías, que sepan mirar: “Miren los sembrados pues ya están maduros para la cosecha”.(Jn 4,35). Una cosa son los sembrados, otra es la cosecha.

Los sembrados son todos aquellos pueblos y corazones que aún no han sido recogidos, que aún no hacen parte explícita del cuerpo de Cristo; todos aquéllos que aún no le dicen a Jesús: “Señor mío y Dios mío”.

La cosecha en el Nuevo Testamento es la imagen del trabajo misionero de los discípulos que deben reunir a los hijos de Dios dispersos.

Un hermano mío, terminado el bachillerato, empezó su trabajo en la IBM arreglando máquinas de escribir. Qué tal que se hubiera quedado en esa actividad. Cada día las máquinas de escribir eran menos; hoy son piezas de museo. Se hubiera sentido sin trabajo, sin sembrado para recoger cosecha.

Pero en cambio, los discípulos misioneros hoy tenemos un campo enorme; los sembrados aumentan cada día más debido al creciente y alarmante indiferentismo religioso que sacude al mundo y cuyo resultado va siendo el de generaciones completas ajenas a Cristo el Señor. Hoy es más urgente que nunca recoger la cosecha. Lo que tenemos es trabajo. Decía Jesús: pidan ustedes al Dueño de la cosecha que mande trabajadores a recogerla.” (Mt 9,37).

Los invito a ser buenos vigías, de esos que saben descubrir dónde hay tierra nueva para evangelizar y sembrados para recoger, sean pueblos, culturas o corazones, estén lejos o sean vecinos nuestros e inclusive familiares. Todo esto es para un grupo misionero el empezar a vivir la maravillosa aventura del primer anuncio de Jesús.

## **2. VANGUARDIA**

Los dos cazadores descubrieron las huellas del temible rey de la selva, del león. Un cazador le dijo al otro: “Tú sigue las huellas del león hasta ver a dónde llega y yo sigo las huellas del león para ver de dónde viene.”

Muy avisado este cazador que enviaba al otro hacia delante, hacia donde estaba el león y en cambio él se alejaba del león y por ende del peligro, yendo hacia atrás.



Un grupo misionero no procede de esa manera, echando de para atrás. Un grupo misionero va siempre adelante, pero aún más, va de primero, indicando el camino que conduce a una nueva humanidad en Cristo. El grupo misionero es el vigía en la iglesia, es el primero que mira pero es también el primero en tomar el camino, el que va adelante. Él da el ejemplo.

Eso quiere decir que un grupo misionero está en la vanguardia. En el ejército, la vanguardia es el grupo que va adelante, que verifica el camino y la seguridad del mismo. En las artes y en las letras se llaman vanguardia a los que van adelante ofreciendo nuevas formas de expresión.

El grupo misionero va adelante para entrar en esos ámbitos donde Cristo no es conocido y donde hay que anunciarlo. Por eso, repite a todos como decía Isaías: “Este es el camino, caminen por él”.(Is 30,21). Pablo se consideraba también la vanguardia misionera:

“siempre he procurado anunciar el evangelio donde nunca antes se había oído hablar de Cristo, para no construir sobre bases puestas por otros, <sup>21</sup>sino más bien, como dice la Escritura: “Verán, los que nunca habían tenido noticias de él; Entenderán, los que nunca habían oído de él.” (Rom 15,20-21)

### 3. VOCERO

El párroco le encargó al sacristán que diera los avisos sobre las publicaciones matrimoniales, es decir, sobre los nombres de quienes van a casarse que deben hacerse públicos a la entrada del templo, para que todos se enteren. El sacristán dijo a los feligreses: “Las personas que desean casarse, deben quedar colgadas durante dos semanas en la puerta de la iglesia.”

Este sacristán puede llamarse de muchas maneras pero jamás vocero del párroco porque dijo lo que se le ocurrió y no lo que el párroco le pedía. Vocero es el que habla fielmente en nombre de otro, sea persona o grupo.

Un verdadero vocero anuncia lo que aquél que lo envió le pidió que anunciase. Jesús fue un gran vocero. Por eso, Jesús decía: no hago nada por mi propia cuenta; solamente digo lo que el Padre me ha enseñado. (Jn 8,28-30) El domingo de Pascua dice a sus



discípulos: “Reciban el Espíritu Santo. Como el Padre me envió a mí, yo los envío a ustedes”.

Muchos creyeron que anunciaban a Jesús y en cambio se anunciaban a sí mismos.

Aquel día muchos me dirán: ‘Señor, Señor, nosotros comunicamos mensajes en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros.’ Pero entonces les contestaré: ‘Nunca los conocí; ¡aléjense de mí, malhechores!’ (Mt 7,22-23)

El grupo misionero que desea ser vocero de Cristo y de la Iglesia tiene el sentido de la Iglesia y está en comunión con Cristo para hablar en nombre de ellos como su vocero.

Dentro del grupo, cada discípulo misionero como discípulo asimila el mensaje de Jesús, lo vive en el encuentro personal con él y como misionero lo lleva a quienes no son discípulos del Señor.

A su vez, cada miembro del grupo se identifica con el grupo para ser vocero del mismo grupo. No es ni un fantasma, ni un infiltrado, ni un francotirador, que va diciendo lo que le parece sin ninguna conexión con la comunidad o con el grupo al que pertenece.

#### **4. VOCEADOR**

Kierkegaard habla del loco que quería vender la casa e iba por las calles mostrando dos ladrillos de su casa. Era muy poco lo que mostraba, lo que hacía público. Pero de todas maneras, ese gritar que estaba vendiendo su casa, hacía del mismo un voceador.

Un voceador es el que vende noticias, el que va gritando: “Compren el periódico, sabrán del último robo hecho en el pueblo y de los últimos que se casaron.”

El grupo misionero y sus integrantes son voceadores porque gritan, a todo pulmón, no cualquier noticia sino una Buena Noticia que es novedad para muchos y por ello es noticia pero que es buena porque toca el deseo de vivir de cada persona.

El grupo reunido en el concilio de Jerusalén era voceador de una buena noticia a favor de la misión universal. El grupo de helenistas que llegó a Antioquia era también voceador de la Buena Noticia de Jesús y su evangelio.



Voceador era Juan Bautista cuando exclamaba, señalando a Cristo: “Éste es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo.” (Jn 1,29; 1,36) Los discípulos le creyeron a Juan y siguieron a Jesús. El voceador, entonces, debe ser creíble. La credibilidad se la da su propio testimonio de vida.

El borracho llegó al pueblo gritando: “Están llegando las fieras, cuidado; están llegando las fieras, cuidado” La gente veía que estaba borracho y comentaba: “Está viendo visiones. Es un puro delirio.” Y se reían. A la media hora llegaron las fieras y destrozaron el pueblo, mataron e hirieron a muchos. Qué lastima que el voceador no fuese creíble. Todos se hubieran protegido a tiempo.

En cambio hay voceadores a quienes se les cree fácilmente. Los dos mineros que descubrieron una mina fueron muy en secreto al pueblo a comprar herramientas para sacar el oro. Cuando estaban llegando de regreso a la mina, vieron una multitud que los seguía. Los dos preguntaron: ¿Cómo lo supieron? Todos respondieron: Lo vimos en sus rostros. Esa multitud era perspicaz, sabía leer en profundidad, sabía detectar quién tenía buenas noticias.

La eficacia del ser voceador de tantos misioneros que anunciaban a Cristo y la buena noticia de su Evangelio se debía a su santidad. En ello insistió Juan Pablo II en su encíclica la Misión del redentor. Jesús se lo advirtió a sus enviados: Serán mis testigos...

## 5. VIAJERO

Por allá en la década de los setenta, cuando ninguno de ustedes había nacido, un experto en pastoral se preguntaba: ¿Por qué a Jesús le gustaban más los pescadores que navegaban y viajaban por el mar que los que viajaban por los caminos.

La respuesta era: Porque el que viaja por un camino se acostumbra a hacer ese camino, lo repite todos los días y no se sale ni un centímetro del mismo. En cambio, el pescador debe todos los días viajar al lugar donde están los peces los cuales se mueven continuamente. Al pescador no le importa en qué dirección, que tan cerca o qué tan lejos deba viajar, lo importante es llegar al área donde están los peces.

Nos hemos vuelto viajeros de carretera, de la carretera de la fe y nos limitamos a entrar en contacto con los que se encuentren a sus orillas. En cambio, los que están lejos, los que no tienen fe, no los consideramos. Aparecida nos pide una conversión pastoral para



ponernos en movimiento en primer lugar para buscar a los carentes de fe y a los alejados de la fe y en segundo lugar para no dejarnos frenar por una cantidad de cosas que nos impiden llegar a la transmisión de la fe.

Cómo no traer como ejemplo al gran viajero Pablo quien siempre quiso ser un pionero aunque también fuese un pastor. Como pionero quería viajar hasta donde nadie había llegado con el evangelio. España era su gran ilusión. Pero los viajes no son sólo geográficos nos dice Benedicto XVI. Hay que viajar también hacia los corazones, ya estén cerca o lejos, en los que hay que prender el fuego de la fe por primera vez.

## **6. VALIENTE**

Cuando en las áreas rurales y selváticas de América Latina hay que viajar por motivos de evangelización, acontece que los carretables o incipientes carreteras, nunca asfaltados, en tiempos de invierno se convierten en caminos de barro muy blando que frena el vehículo irremediablemente. Cuando esto sucede, los pasajeros son los primeros en dar la solución: "Ponga la doble transmisión". Entonces se mueven las palancas correspondientes y el vehículo adquiere una fuerza adicional tan poderosa que supera el obstáculo del barro y sigue su camino.

Esta fuerza adicional aparece también cuando el barro de la oposición, de la amenaza, o de la agresión a la evangelización se hace presente. Es un don del Espíritu Santo llamado en griego parrhesia.

Tanto Pablo como el resto de la iglesia primitiva hubieran tenido muchos motivos para arrinconarse, para protegerse, para encerrarse en la timidez, debido a la persecución, al desprecio, al desprestigio de que eran objeto.

Sin embargo, como nos muestra el libro de los Hechos, ello no aconteció. Al contrario, su oración no estaba dirigida a buscar la protección de Dios ante el peligro, sino a vencer el miedo y a anunciar el Evangelio (Hch 4,23-31).

En esas condiciones difíciles, el Espíritu Santo da a los enviados ese don especial llamado parrhesía.

La parrhesia es un conjunto de cualidades recibidas como don del Espíritu Santo para anunciar el evangelio en contextos y épocas de persecución, hostilidad o rechazo.



Estas cualidades son tres:

La franqueza que proviene de la libertad interior. Donde está el espíritu del Señor ahí está la libertad.

La lealtad que nace del amor a la verdad del evangelio que corresponde al amor a la verdad de Jesucristo.

La valentía que nace de una profunda confianza en el Señor, en su presencia, en su apoyo y no en las propias fuerzas.

“Sir Ernest Shackleton, una vez madurado su plan de expedición al Antártico en 1914, puso en un periódico de Londres este anuncio: “Se necesitan hombres para un viaje arriesgado: escaso salario, mucho frío, largos meses de completa oscuridad, peligro constante, regreso dudoso. Honra y fama en caso de éxito”

Aunque el asunto podía asustar a mediocres, le llovieron miles de candidatos. Escogió 28 y con ellos formó un grupo de valientes, dispuestos a superar el gran desafío de explorar el polo sur.

Hoy basta encontrar un pasaje en un trasatlántico, en una compañía de turismo para aventureros y se llega al polo donde se encuentra el calor de las modernas construcciones.

Pero en los tiempos de esta narración no existía tal fuego. Allí se iba con la consigna de encender, en medio del terrible frío, el fuego por primera vez. El polo sur podía ser el símbolo de las situaciones donde aún el Evangelio no ha sido encendido por primera vez.

La valentía grupal apareció en todo su esplendor cuando Pedro y Juan fueron amenazados si seguían anunciando a Jesús. Ellos lo contaron a la comunidad. La comunidad se puso en oración. ¿Qué le pedían al Señor? No que no les pasara nada, no que no los fueran a encontrar, no que no los fueran a perseguir. Pedían solo esto: Danos valentía para anunciar tu Palabra.

## **7. VENCEDOR**

Es muy fácil confundir la palabra vencedor con la palabra vanidoso. Cuando la pulga se encaramó de un salto sobre el elefante, continuó el camino con él. Pasaron por un puente



de madera el cual crujió con el peso que debía soportar. La pulga exclamó: “Hicimos temblar a este puente”

No es nuestro peso el que marca la diferencia. Si nos llamamos vencedores es sencillamente porque estamos unidos a Cristo, vencedor del pecado, de la muerte, de la inhumanidad, del egoísmo.

No nos llamamos vencedores porque confiamos en nuestras capacidades sino porque la victoria de Cristo está asegurada. El poder de Satanás ya está vencido.

Jesús envió a los setenta y dos discípulos a anunciar el Reino. Dice Lucas:

“Los setenta y dos regresaron muy contentos, diciendo:

—¡Señor, hasta los demonios nos obedecen en tu nombre!

Jesús les dijo:

—Sí, pues yo ví que Satanás caía del cielo como un rayo” (Lc 10,17-18 Ver Lc 11,20)

San Juan en su primera carta dice: “Todo el que es hijo de Dios vence al mundo. Y nuestra fe nos ha dado la victoria sobre el mundo. El que cree que Jesús es el Hijo de Dios, vence al mundo.” (1 Jn 5,4-5).

Pero cuidado con entender mal. Vencer al mundo no significa entrar en lucha contra el mundo amado por Dios, a la manera de Carlo Magno que con violencia quería convertir a los sajones. Vencer al mundo significa entrar en lucha contra el pecado del mundo que deshumaniza al hombre creado por Dios.

Vencer al mundo no significa, ni mucho menos, aceptar la violencia salvadora. La violencia salvadora es la violencia de los buenos, la violencia de quien está en el poder, sea civil, sea religioso. Es la violencia para acabar con el mal.

Hay grupos que en nombre de una misión, adoptan la violencia salvadora como lo más normal. ¿Por qué se llega a ello? Muy sencillo. Cuando una persona llega a los 18 años, ha visto 36.000 horas de televisión y ha presenciado 15.000 homicidios.

De estos homicidios, la mitad son cometidos por los malos, pero la otra mitad son cometidos por los buenos, en nombre de la ley, en nombre de la patria o en nombre de



Dios. Esta es la violencia salvadora. No es difícil que todo este condicionamiento lleve a aceptar la violencia salvadora como la mejor forma para la resolución de conflictos.

Nuestra lucha debe ser por hacer de este mundo algo cada vez más humano porque, según palabras de San Ireneo, la gloria de Dios es la vida del hombre.

San Pablo animaba a los corintios a vencer pero siempre en unión con el Señor (1 Cor 15,57-58) y a los romanos les decía:

¿Quién nos podrá separar del amor de Cristo? ¿El sufrimiento, o las dificultades, o la persecución, o el hambre, o la falta de ropa, o el peligro, o la muerte violenta? Como dice la Escritura: “Por causa tuya estamos siempre expuestos a la muerte; nos tratan como a ovejas llevadas al matadero.” Pero en todo esto salimos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.” (Rom 8,35-37)

## **8. VITAL**

Les cuento que para hacer las paces con los gabaonitas cuya rabia contra Saul era infinita, David les aceptó la petición de reparación. Los gabaonitas pedían que les entregaran siete descendientes de Saúl, para ahorcarlos. Las razones de Estado tenían más peso que la vida de estos inocentes. La mamá de dos de ellos, cuyo papá era Saúl, llamada Rispá, protestó enérgicamente. Dice la Biblia:

“Así murieron juntos los siete, en los primeros días de la cosecha de la cebada. Entonces Rispá, la hija de Aiá, se vistió con ropas ásperas en señal de luto, y se tendió sobre una peña. Allí se quedó, desde el comienzo de la cosecha de cebada hasta que llegaron las lluvias, (de mayo a octubre) sin dejar que los pájaros se acercaran a los cadáveres durante el día, ni los animales salvajes durante la noche.” (2 Sam 21,9-10)

David supo de la protesta y debió proceder a reparar, al menos haciendo un funeral digno a los asesinados por razones de Estado. Sólo entonces, Dios lo perdonó.

Un grupo misionero es vital. Entiendo con el término un grupo que tiene vida, que defiende la vida, que promueve la vida, que dignifica la vida de los demás. Es un grupo con un fuerte compromiso con la vida. Es el gran pedido de Aparecida para todos: “discípulos misioneros de Jesucristo para que en él nuestros pueblos tengan vida.”



La vida del otro es algo prioritario. Tiene prioridad sobre la religión, sobre la política, sobre la economía, aún sobre la verdad.

La vitalidad del grupo se vive a tres niveles:

**Primer nivel:** El grupo vive la vida en Cristo. Para Jesús, el evangelio sería una realidad en la medida en que fuese vivido por una comunidad. Jesús no pretendió santificar individuos aislados que luego formarían una comunidad. Fue al contrario, formó una comunidad que aprendía a seguir el proyecto y el destino de Jesús, para que en esa comunidad se santificasen los individuos. El discipulado es un llamado a vivir con Cristo en comunidad de fe y de amor con una enorme pasión por Cristo a toda prueba. Pablo lo expresaba así: ¡Nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús nuestro Señor!” (Rom 8,38-39)

**Segundo nivel:** El grupo vive su vida en fraternidad. Ya vimos que los primeros cristianos se complacían en afirmar que ellos no tenían templo. Para los cristianos el templo es la fraternidad. San Pablo se lo repetía claramente: “¿Acaso no saben ustedes que son templo de Dios, y que el Espíritu de Dios vive en ustedes?” (1 Cor 3,16)

Las preocupaciones de los párrocos llevan a que se olvide esta verdad. Si a un niño en la parroquia le piden que pinte a una familia, inmediatamente pinta un papá, una mamá y unos hermanos. Si se le dice: Ahora pinte el templo de Dios, entonces pinta una capilla de ladrillo con torre y cruz encima, no pinta personas. Qué lástima. El templo de Dios es una familia, una fraternidad. El grupo es templo de Dios, es decir, fraternidad.

Ser fraternidad no es algo invisible y teórico. Quiere decir ser una comunión concreta y visible de personas que se quieren y se ayudan, se soportan y se conllevan, en una experiencia compartida animada por el Espíritu Santo. Los primeros cristianos se descubrían como hijos de un mismo Padre y partícipes de una misma vida. Por eso, los demás los admiraban.

**Tercer nivel:** El grupo asume un proyecto de vida. Ese proyecto era llamado por Jesús, el proyecto del Reino de Dios. Decir que es de Dios significa que Dios va a ser rey, que va a manifestar su voluntad. ¿Cuál es esa voluntad? Es que se haga justicia para quienes han sido maltratados en sus vidas. A éstos, podemos identificarlos con tres Pees.



El salmo 72 exclama: “Salvará la vida de los pobres”. Pobres son aquéllos a quienes se niega un mínimo de vida. Esta es la primera P.

El Evangelio dice que Jesús comía con los pecadores cuya vida había sido declarada despreciable. Esta es la segunda P.

Jesús se dio cuenta, frente a la mujer pagana sirofenicia que no podía marginar a los paganos. Jesús los aceptó y el Espíritu Santo santificó sus vidas. Esta es la tercera P.

Entonces, el Reino es vida plena y justicia para todos con una preferencia por los pobres, pecadores y paganos, según el designio de Dios manifestado en Cristo y en su reino.

## **9. VULNERABLE**

El ciego acercó su nariz a una flor para captar su aroma. ¿Es usted una rosa? le preguntó el ciego. No, no soy una rosa, soy una florecilla muy ordinaria, pero es que vivo en medio de las rosas y me he dejado impregnar de su fragancia.

Un grupo misionero vive una espiritualidad misionera y una de las principales características de esta espiritualidad es dejarse impregnar, dejarse enriquecer, dejarse promover por las otras espiritualidades en medio de las cuales vive.

Un grupo misionero es sensible a lo que experimenta, no es una roca impenetrable, ni una piedra de río envuelta por el agua día y noche, año tras año pero que por dentro está seca, muy seca.

Un grupo misionero sabe asimilar, conmovearse, cambiar. La espiritualidad misionera es vulnerable porque se deja impresionar por los valores de otras religiones, culturas y comunidades. Cómo se entusiasmó y se enriqueció Mateo Ricci, cuyos 400 años de su muerte (1610) celebramos este año, con los valores de la cultura china.

Lo mismo le aconteció a Roberto de Nobili en la India, a Alejandro Valignano en el Japón, a Alejandro de Rodhes (1593-1660) en el Viet Nam, a Raimundo Lulio (1232-1316) en el norte de África entre los musulmanes, a Cirilo (826-869) y Metodio entre los eslavos, a Bernardino de Sahagún y demás misioneros de la primera generación (1500-1590) en Méjico, etc.

Isaías hablaba de la ciudad que tiene muros y que tiene puertas (Is 26,1-2). Tiene muros para proteger su propia identidad pero tiene puertas para dialogar con otras ciudades, para recibir los valores de otras culturas, para sentir que crece no sólo por intrafecundación sino por interfecundación, es decir, por ese intercambio cultural de valores y de espiritualidades. Qué bueno que cada grupo misionero tenga muros de clara identidad pero también tenga puertas por donde entra y sale un influjo positivo, porque acepta ser vulnerable.

### 10. VISITANTE

Las películas de vaqueros son todas muy parecidas. Hay un pueblito que vive en paz. De pronto llegan unos bandidos, asaltan el pueblo, roban el banco, amenazan a la gente que se esconde temerosa y terminan bebiendo gratis en el bar. Lo que cambia es el final que lo hay de dos especies.

Un final acontece cuando llega un visitante. Nadie lo conoce. Es un vaquero valiente. Aparece quién sabe de dónde, organiza a la gente, les hace recobrar la valentía y todos juntos enfrentan a los bandidos que huyen cuando no quedan muertos. En el proceso, el vaquero valiente ha conocido una bella muchacha con quien se va al final casi como llevándose su recompensa.

Pero hay otro final. El vaquero valiente aparece, anima a la gente, entre todos liberan el pueblo de los bandidos y cuando recobran la paz y la alegría, todos vuelven agradecidos los ojos al vaquero, pero no lo ven. Se ha ido sin pedir recompensa. A lo lejos se distingue la silueta del jinete y su caballo que se alejan.

Este llegar, no como un vendedor que quiere hacer negocios, sino como un visitante que, a la manera de Jesús, pasa haciendo el bien, que está en medio como uno que sirve, que promueve la vida y la alegría sin buscar recompensas, lo que Benedicto llama “con la lógica del don”, es una dimensión que debe vivir un grupo misionero.

Es un visitante que entra con el máximo cuidado y respeto como cuando se entra en un jardín ajeno. No es el visitante un conquistador que entra atropellando. Esta historia ya la conocemos en nuestra América. Es el enviado que pronuncia palabras de paz cuando le abren la puerta y entra con el máximo cuidado para apreciar, no para pisotear ni agredir. (Lc 10,5)



## 11. VÍTREO

Vítreo es aquello que tiene, de alguna manera la cualidad del vidrio. Ahora, la cualidad del vidrio es ser transparente. Transparente es lo que deja ver a través de sí.

Esta cualidad era muy propia de Jesús. Él era vítreo, transparente. Esto lo manifestaba en su diálogo con los apóstoles:

—Yo soy el camino, la verdad y la vida. Solamente por mí se puede llegar al Padre. <sup>7</sup>Si ustedes me conocen a mí, también conocerán a mi Padre; y ya lo conocen desde ahora, pues lo han estado viendo.

Felipe le dijo entonces:

—Señor, déjanos ver al Padre, y con eso nos basta.

Jesús le contestó:

—Felipe, hace tanto tiempo que estoy con ustedes, ¿y todavía no me conoces? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,6-9).

Por qué esa transparencia de Jesús? Él mismo daba la explicación: El Padre y yo somos uno (Jn 10,30)

Esta cualidad vítrea llamada transparencia es cuanto hace de un grupo y de sus miembros, testigos efectivos de Cristo.

Cuando Aparecida nos pide que seamos como las primeras comunidades cristianas es porque en ellas sobresalía esta cualidad. Eran comunidades vítreas que transparentaban o dejaban ver otra realidad, la presencia de Cristo y el amor de Dios.

Pero ¿cómo se puede hacer ver la presencia de Cristo? Cuando el grupo como tal se compromete en el seguimiento de Jesús y en la entrega incondicional a la causa del Reino de Dios, fácilmente esta transparentando la realidad de Jesús.

Obviamente, el seguimiento de Jesús y la entrega a su causa hacen que el grupo tenga dos elementos muy arraigados: La oración comunitaria y el compromiso comunitario. Ambos van juntos porque la oración no puede ser un ejercicio al margen de la vida ni el compromiso debe ser una acción al margen de la fe como encuentro amoroso con Jesucristo vivo.



Quien ve a ese grupo, ve y comprende a Jesús. Jesús les explicaba a los discípulos como lograrían ser transparentes: “Si se aman los unos a los otros, todo el mundo se dará cuenta de que son discípulos míos.” (Jn 13,35).

De Juan María Vianney la gente decía: “Hemos visto a Dios en un hombre.” Ante el grupo, también pueden decir: “Hemos visto a Jesús en un grupo.”

Un grupo con estos dos compromisos de seguimiento de Jesús y de entrega a la causa del Reino de Dios suele ser muy profético y anticultural y ello es signo de su transparencia.

Hay un problema. La señora que miraba por los vidrios de su ventana a la vecina que lavaba la ropa, concluía siempre diciendo: “Qué ropa tan mal lavada”. A veces hasta llamaba al marido para decirle: “Mire como lava de mal la ropa nuestra vecina, queda toda manchada.”.

Un buen día, el marido se puso a lavar los vidrios de su ventana. Cuando la mujer llegó para observar a la vecina exclamó: “Parece que la vecina aprendió a lavar su ropa. Ya no tiene manchas”. Como ven el problema era de un vidrio manchado que afectaba a la transparencia. Cada grupo puede darse cuenta de cuáles son las manchas de su propio vidrio que deforman aquello que deben dejar ver y les impide ser transparentes al máximo.

## **12. VIGENTE**

El párroco envió un telegrama a la pareja de su parroquia que se casaba en otro pueblo. Para ello, escogió un hermoso texto bíblico de la primera carta de Juan 4,18 que dice: “Donde hay amor no hay temor”. Terminada la ceremonia, todos se reunieron con emoción para abrir y leer el telegrama. Pero el telegrama, por algún accidente llegó dañado y sólo se leía la cita de Juan 4,18 que decía: “Has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es tu marido.”. La furia contra el párroco no tiene nombre.

Por este motivo y otros más, hoy los telegramas han perdido vigencia, ya se consideran superados.



¿Será el grupo misionero como un telegrama superado, sin vigencia, como lo es también la pluma de ganso para escribir y las velas de cera para estudiar quemándose las pestañas, o será una realidad vigente?

Vigente quiere decir que hoy se considera útil, que se le ve su necesidad, que responde a las cuestiones más actuales de nuestro tiempo.

¿Y cuál es nuestro tiempo? Suélese decir que es el de la posmodernidad.

Para muchos grupos, los grandes relatos, las grandes doctrinas, las grandes verdades han pasado de moda o al menos les dicen muy poco. Se han metido en la vida un relativismo y un individualismo tales que llevan a que cada uno se erija como autor de sus propias doctrinas, de su propia ética, de su propio estilo.

Frank Sinatra ya anticipaba esta mentalidad cuando cantaba: My Way, a mi manera. El mensaje era claro: Yo me hago mi vida a mi manera, como se me dé la gana, como yo quiero. Ni Jeremías, ni Pablo pudieron cantar "a mi manera" porque su vida desde el vientre de la madre ya estaba trazada por Dios.

En este tiempo de antipatía a los grandes relatos, hay elementos que generan simpatía, que tienen sabor a vigencia y ellos son especialmente tres: La dimensión simbólica, la dimensión comunitaria y la dimensión utópica. A la luz de estas tres dimensiones, puede un grupo misionero examinarse, para ver si es o no es vigente.

La dimensión simbólica tiene dos elementos: Uno es la experiencia vivida y otro la expresión externa de esa experiencia. En nuestra sociedad, los dos elementos se suelen separar pero entonces ya no son un símbolo. Un abrazo con los brazos sin nada de afecto o aún más, sintiendo antipatía, es una contradicción, una comedia, un engaño, no un símbolo.

Si nos presentamos y trabajamos como enviados de Cristo, como misioneros, es porque hemos vivido la experiencia del abrazo, del encuentro vivo, transformador y afectuoso con él. Experiencia de Cristo y su exteriorización en la acción misionera, hacen que todo ello sea una realidad simbólica, muy acogida hoy y por tanto muy vigente. Los demás, creyentes o no, como dice Pablo, "reconocerán que Dios está verdaderamente entre ustedes" 1 Cor 14,25)

**La dimensión comunitaria** es una experiencia compartida por un grupo, donde la fe y los sentimientos de todos entran en sintonía. Pero también la dimensión comunitaria de fe hay que expresarla exteriormente, no hay que dejarla escondida en el fondo del corazón. De alguna persona se dice: En el fondo, en el fondo es muy bondadosa. Pero eso no se ve porque por fuera es muy dura. Un gamín usaba de almohada un tubo de gres. Le decían los amigos: Eso es muy duro. El contestaba: “Yo lo relleno con papel suave. Nada cambiaba. La dimensión comunitaria hay que expresarla con gestos y conductas, palabras y eventos. Y hay que celebrarla. Por eso se requieren los ritos que unifican a la comunidad, que le permiten manifestarse como tal.

Si quieren celebrar la dimensión comunitaria en la Eucaristía, pues es necesario seguir el rito eucarístico. Si cada uno quiere su propio rito, no hay manifestación comunitaria sino un manicomio. La posmodernidad ama los ritos sobre todo si están impregnados de belleza.

**La dimensión utópica** se ubica en el campo de los sueños, de los deseos, de los anhelos, de las ambiciones. Los sueños de los gatos están repletos de ratones; los sueños de un grupo misionero de verdad, están repletos de utopías.

La utopía no se refiere a lo que existe sino a lo que debería existir. Los sistemas vigentes son lo real, la utopía es lo imaginario. Por eso, debemos impulsar la imaginación misionera. Recuerden la historia inicial de Daniel y su sueño del Japón. La utopía nos hace críticos a muchas realidades existentes que son injustas e inhumanas y nos mueve a hacer propuestas alternativas para un futuro mejor.

Las celebraciones cristianas, si son genuinas, son utópicas, de lo contrario son puro ritualismo. Ellas son una protesta continua ante las contradicciones que se ven en el presente. Un grupo misionero vive la utopía como conjunto de aspiraciones evangélicas que se desea lleguen a ser una realidad.

Un niño le dijo a la mamá: “Mami, mido dos metros y veinte centímetros de alto.” “Muy bien, le dice la mamá, pero ¿cómo te mediste?” “Con un metro que yo hice.”

Para saber la altura de nuestro grupo misionero no nos inventemos metros mentirosos. Midámonos con la utopía del evangelio y sabremos cuál es nuestro verdadero tamaño. Sobre todo, sabremos si nuestro grupo está vigente.



### 13. VELOCIDAD

Cuando un misionero llegó por primera vez a una región, tuvo que ir a visitar un caserío. Viajaba a caballo ya desde tiempo y encontró en el camino un campesino que trabajaba en su campo. El misionero le preguntó: ¿Cuánto tiempo se gasta para llegar al caserío llamado Pueblo nuevo? El campesino no le contestó nada, como si no hubiera oído. El misionero siguió el viaje pensando en sus adentros: “Qué hombre tan poco sociable y nada servicial. Hasta grosero.” Cuando había avanzado unos doscientos metros, el campesino le gritó: “45 minutos”. El misionero le dijo: ¿Por qué no me lo dijo antes? El campesino respondió: “Porque no sabía a qué velocidad iba usted”.

En el mundo agrario y en el mundo en general en los siglos pasados, había una unidad total y un equilibrio muy saludable entre tiempo y espacio. El tiempo estaba muy ligado al espacio así que el espacio determinaba el tiempo.

En el mundo actual, mundo de Internet, de computadores, de ipods, iphones y ipads, el tiempo y el espacio, que formaban una unidad, se separaron, rompieron, se divorciaron.

La industria tecnológica acabó de completar la ruptura con el batir de tambores que pedían cada vez mayor velocidad. Cada invento nuevo nos asegura una mayor velocidad y, claro está, menos tiempo, para realizar nuestras tareas.

Todavía queda el hueco negro de la era digital que no se ha logrado superar. Se trata de esos tres minutos que hay entre el encender el computador y el momento en que aparece la imagen solicitada en el mismo. Esos tres minutos son una fuente enorme de frustración para millones de personas. Aún para nosotros y de ello poco nos damos cuenta.

El hecho es que nuestra sociedad toda corre hacia el logro de la meta más deseada llamada gratificación instantánea. Es una meta que solicita casi angustiosamente que cada vez más, haya una mayor velocidad.

En esa ilusión de romper todas las barreras del espacio y del tiempo para lograr la gratificación instantánea, no nos detenemos a pensar qué tanto ello influye en la calidad de vida.

Pero al dar una mirada a la sociedad actual postmoderna, nos damos cuenta de que está influyendo en forma negativa y generando un mal que puede llamarse la enfermedad de



la velocidad. La misma afecta física y psicológicamente, en términos de hipertensión, infartos, neurosis y empobrecimiento de las relaciones humanas. Pero de manera especial, nos afecta a nosotros en el campo de la acción misionera y de la vida espiritual.

La misión es movimiento pero ese movimiento puede verse afectado, así como se ve afectado un vehículo cuya transmisión se desconecte del motor, por un exceso de velocidad. Entonces acontece que la misión se convierte en un acelerado actuar, hacer cosas, realizar programas, mostrar realizaciones, pero desconectados de ese motor que es la vida espiritual.

Las nuevas generaciones postmodernas igualmente sienten este vacío y por ello corren en búsqueda de las diversas espiritualidades que el mercado de las religiones les ofrece y que están, con la velocidad del Internet, al alcance de sus almas.

La religión institucionalizada les causa sospechas pero la religión libre, casi salvaje, les encanta. Si en la modernidad la religión generaba desencanto, ateísmo y hasta muerte de Dios en nombre de la verdad y la razón, en la posmodernidad la religión genera grande atracción. ¿Por qué? Sencillamente, porque la gente está buscando una vivencia del espacio y del tiempo que le de cabida a su crecimiento espiritual y social.

Aquí entra de lleno la respuesta de un grupo misionero y de toda la iglesia. Ante todo, debe precaverse de no dejarse arrastrar por el ansia de la cada vez mayor velocidad y de gratificación inmediata. Tampoco debe caer en el polo opuesto, de caminar a paso de tortuga.

Un estudioso en este campo dice que la realidad virtual puede llegar a ser un sustituto tanto para la vida espiritual como para la interacción humana. La realidad virtual es mucho más seductora y transformadora que la televisión. Todo ello afecta de manera especial a la familia. (M. Ventura). Si no tenemos cuidado, podemos terminar viviendo preferentemente en un universo paralelo.

Pero además, el grupo misionero debe favorecer una velocidad del movimiento misionero que equilibradamente deje espacio y tiempo para un enriquecimiento espiritual, para una experiencia viva y sentida de Dios, para cultivar las relaciones humanas en profundidad, para aprender a caminar con un ritmo de vida de quien tiene fe y esperanza y no sólo anhelos de gratificación inmediata.



Concluyo diciendo que es necesario que con frecuencia el grupo vuelva a mirarse a la luz de esa bella metáfora de la vid y los sarmientos que nos ofrece Jesús y que se alimente de la reflexión del libro de los Hechos, donde se ponen de manifiesto dos realidades maravillosas:

Primera: El entusiasmo para evangelizar que marcó a los primeros cristianos es una de los más portentosos eventos que han caracterizado la historia de las religiones. (M. Green).

Segundo: La fuerza de la comunidad y de su espiritualidad, conducida por el Espíritu Santo, era el motor impulsor de la misión, como se vio en Pentecostés y en muchos otros momentos. (12,1-19; 13,1-3; 14,21-28; 15.)

Que estas dos realidades maravillosas, el entusiasmo evangelizador y la fuerza espiritual de la comunidad sean parte de cada uno de los grupos misioneros aquí presentes, con la gracia de Dios y la fuerza de su Espíritu.

Gracias por su atención y buen trabajo misionero.

**Mons. Luis Augusto Castro Quiroga, IMC**  
**Arzobispo de la Arquidiócesis de Tunja, Colombia**